todas somos Frida

Todas somos Frida / Genoveva Arcaute
—1a ed. Buenos Aires, 2010—.

ISBN 978-987-1586-14-1

© Genoveva Arcaute
© Huesos de jibia

Perú 544 7º 28
(1068) CABA
www.huesosdejibia.com.ar
info@huesosdejibia.com.ar

Editor: Walter Cassara
Diseño gráfico: Nat Filippini
(natfilippini.com.ar / estudioalmacen.com)

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

GENOVEVA ARCAUTE

todas somos Frida

HUESOS DE JIBIA

Alors ce corps, puisque tu ne peux le nommer, montre-le.
TAHAR BEN JELLOUN

Y es porque contienen de ese modo las horas del pasado, que los cuerpos humanos pueden dañar tanto a los que los aman, porque contienen tantos recuerdos, alegrías y deseos ya esfumados para ellos, pero tan crueles para quien contempla y prolonga en el orden del tiempo, el cuerpo querido del que siente celos, celos hasta desear su destrucción.

MARCEL PROUST

Todas somos Frida

Todas somos Frida
dijo la filósofa
se sacó la camiseta
y mostró una cicatriz
en el lóbulo frontal
(las mujeres lo tienen en el útero
piensan con el vientre
juzgan con la entraña).

Dijo también que todas
nos pintamos un rostro
sobre piel o sobre tela,
unas cejas, un bigote, unas trenzas
unos trajes de colores que disfracen
esos huesos tan faltos de glamur
con sarapes enroscados
en los muslos, los hombros, la cintura.

Todas somos Frida.
Con un Diego
tan feo como un sapo veterano

de ojos grandes y párpados hinchados
vientre lleno y falo indoblegable,
haciendo juego.

Todas somos Frida.
con espejo incorporado
en la cama de hierro de unas vísceras
constantes en la alarma del quirófano,
unos senos que amenazan con tomías
y obscenas ortopedias.

Todas somos Frida
cuando vamos a nuestro *vernissage*
con la cama puesta en ambulancia
para discutir los tropos y las formas que creamos.

Todas somos Frida,
cicatrices y cenizas.

Disfraces

De todos los disfraces hoy elijo ninguno
marcas afuera estrategia camaleón
birlo el ser de la piel.

Puro yo, espíritu o idea
fantasma que deambula
con su sábana de ayer.

Pena el deslizar ánima sin tacos
altos pies desnudos
de muerto que pasea.

Fuera alambres y corsés
elásticos que hieren
falsaria anatomía.

Ni siquiera pelo
-fino abrigo de animal-
asustar con calva monda
mostrando el cerebro
esponja de culpas.

Vestida para morgue
o para cirujano
(armar la secuencia cuestión de relojes)
iré por las calles en mi transparencia
y nadie verá que me rescato
en la punta de las letras
ropita de papel.

*

Discutí con el espejo
se hizo el roto
me dijo: abrite las venas.

Una piedra de río

I

¿Quién ha puesto a medio palmo enterrado
en mi pecho
esta piedra de río
del tamaño de un puño
blanca, gravosa y lisa?

¿Quién ha puesto allí este bloque rock
huidizo hielo turbio ojo grueso en aguja
sin Gerdas que entibien con amor y sal
sin reinas de la nieve que vencer?

¿Y quién a veces pone allí este neumático
en su malla de acero
impenetrable michelín perfecto
enterrado a medio palmo entre mis tetas?.

II

Salí a buscar un corazón de fantasía
granate cóncavo caliente.
Con un cuchillito de alfiler en punta

atrapé un colibrí adentro de una enorme
campánula de mieles.
Corazón de colibrí en mis plexos de aire
gota de sangre cayendo al vacío
colgando en los racimos de los vasos
animando mis órganos helados
(paz para el hígado guerrero,
dulces para el páncreas de cartón,
juguetes para el útero vacante,
diccionarios para el seso).
Corazón de colibrí en anatomía de hembra
electro insuficiente ¡Rechazado!

III

Entonces iremos a otra góndola:
encuentro un corazón de reptil
(lágrimas y lengua ponzoñosa)
Blanca sangre fría
no.
Corazón de mamífero
sí.
Cuero y piel caricia a contrapelo
feliz de huesos risa de colmillo

lengua afuera mascota
delicia de asador proteína
glóbulo que ama da y perdona
en el pecho a dos palmos enterrado.

Punzante

Puntas, puñales, cuchillos,
facas, cutters y navajas.
Jeringas, agujas, bisturíes,
alfileres de vudú, tan sutiles.
Invisibles.
¿Borgianos? Para nada.
¿Lorquianos?
Virtuales (no desgarran menos)
laceran los órganos internos,
rayan las mucosas tibias, rosas.

No estás donde estás.
¿Con quién qué decís y qué te dicen?
¿Qué sonrisa que nunca te vi
blande los puntazos, de plano y de hacha
y dibuja, un croquis de dolor...?
La celosía,
el pentagrama de la melodía,
letanía letal, desangelada.

Ya de vuelta, después de la pesquisa,
me armo a mi vez con punta dulce,
espalda en la pared de cualquier cuarto,
y yo, comadre compadrita,
apunto todo el filo,
todo el acme con rayos de mil voltios.
Pincho y punzo, pico y marco
la verdad de tus ausencias,
rasuro tus palabras al filo de la piel
despellejo los relatos
¿Son mentiras?
Entonces, desollado, tu corazón de espinas
es el despojo fresco de mis celos rojos.

La niña de Reynolds

La niña de Reynolds viene a visitarme desde su
sueño al mío.
Lleva en sus brazos un cachorro.
Es la hija muerta.
¿Quién ha puesto en sus manos ese animal?
¿Y quién la ha vestido así, con ese lujo?
Tomo entonces la lámina y hago un rompecabezas.
En las otras caras hay:
un niño
–creímos que sería otro varón-.
Un príncipe,
el que nunca la tendrá.
Ella misma, a los trece, vestida para fiesta.
Ella otra vez con un cordero,
-muerte en la inocencia-
Y tres damas con peinado alto,
las que cortaron el finísimo hilo de su aliento.

Yo sólo soy la mano que encola los pedazos
y lija los cubos de madera.

Poemas en la PC

La musa de sal con argucias de chat
instigó carroñera y me dio abracadabras.
Puse mano aleve a los teclados
(las contraseñas fueron cáscaras de hielo)
Pulsé violé todos los archivos.
Los secretos cayeron en cascada delante de mis ojos
y el parlante del tamaño
de una caja de fósforos
mojaba cada tecla
con fuego y hielo en gotas.
Su música era un río
que corría sin rumor hacia la muerte.
Cerré todas las ventanas, vacié la papelera
chumbé a los gatos negros
y en la pantalla gris de mis entrañas
impuse al ratón todas
las opciones de la despedida.
Y el cielo ya no fue azul
ni las nubes blancas.
Una mancha salada salpicó
de pixeles fractales el cristal.

Me puse a recortar
cuchillos del tamaño de un puñal
y me senté sobre ellos.

Ratonera

La casa-ratonera ha quedado limpia:
en un cajón del armario están tus huesos
y en el otro los míos.

Los pelos que perdiste,
los pelos que perdí,
debajo de la cama son
un animal manso y cariñoso
que nos despierta a las mañanas.
Las uñas que nos cortamos
son una inmensa cáscara de huevo
en el jardín que a todos maravilla.,
y nuestros jugos, evaporados,
una mancha profunda en el colchón
para escándalo de obispos y mucamas.
Muchas rejas arrenglonan las ventanas,
según nos aconsejan,
y en las horas vivas,
en las horas muertas,
reviso los álbumes para aspirar,
con aullido de sirenas

los rostros del pasado –así no vuelven-

Ya planché las paredes
ya fregué las lechugas
ya enceré los toallones
que dicen *you* y *me*.
Ya me toca la siesta,
nuestro perro olfatea
mis axilas con cariño
y se recuesta tibio, en tu almohada.
A tu regreso, serviremos
copas de jabón con granos de mostaza
y liquidámbar.
Un aperitivo, después de las noticias.
Y en la alta noche ¡clap, clap, clap!
saltan los resortes, los alambres,
el mundo convulsiona
y por el pecho
(nos comimos el queso ¡qué remedio!)
nos toma el artefacto, o sea el lecho.

De todos los ratones que pululan
que fortuna, atrapada con vos

Tajadas de juventud

Tengo dos tajadas de juventud en el freezer,
no sé qué hacer con ellas.
No alcanzan para la familia.
Se comieron la pieza casi entera
y esto es el sobrante.
Ellos se alimentan de potes de colores,
vitaminizados
pastillas de magnesio o pastas industriales.

Podría hervirlas y entonces
se hincharían y rendirían más.
Al horno no, que todo lo reduce.
También podría servirlas en la cena
para vos y para mí
¿Te avendrás a gastar el aguinaldo en vino?

Otras opciones son:
hacer finas rebanadas
ponerlas en panes con sabores variados,
ponerlos en un taper,
ponerlo en la mochila

y salirme por el mundo.
Quizá me los comiera
contemplando el paisaje.
Quizá los convidara.

O picarlas finamente,
mezclarlas con adobos,
incluso sándalo incluso pachulí,
hacer con la mezcla
bocaditos misteriosos
y dar una fiesta.

Pero lo pienso, te encuentro
ya no dudo:
haremos una cena, prenderemos velas
compraremos el malbec con la tarjeta
para entrar mareaditos,
vos y yo,
en la vejez

Tres de amor

I

Fuimos los dos una gorda
pelota feliz de platónica androginia
mis uñas con brillo
tus manos rudas
mis pechos lactores
tus brazos musclados
eran aire en el aire de su seno
mundito concavado sin arriba ni abajo...
No fuimos menos que un monstruo integrado
mondo cabal órbico liviano.
Con tus pies de cien leguas
con mis piernas sentadas:
poltrona regazo y hamaca.

El globo reía –platónica broma-
amoroso ciempiés unisex.
parásito doble, generoso y noble
que da lo que quita y lo que pierde da.
Y tocaron el timbre
simple

así como así y la espita
la pena nació:
Vos y yo. Ya no uno. Ya dos.
Una expuesta fractura
unos vasos goteantes
unos charcos de plasma.
Por la puerta abierta
bacterias y entonces
ni parches ni pomos de ungüento
soldaron jirones. La goma es fatal
casquito de esfera mortal.

Alma de bolita
vidrio impenetrable
mercurio inasible
¿Querés? Vamos a jugar.

II

Nací de tu muslo parida mayor
y fue mi placenta
tu hueso de andar de varón.
De mi frente mis sienes naciste

lactaste mi seso espeso y gris.
Mi vulva te expulsó nacido.
Fue regreso puerta entrada y meta.
Mi infancia al contrario
fue aguja imantada de sangre
cuadrante de sábana
señalando tu jornada.
Los dos malcriados.
Vos el hombre hijo de mi mente
huésped de mi entraña.
Y yo obra idea hija-esperma
hecha poema
al cincel de tu pulso.
Niño niña jugamos con eros
la ronda del amor.

III

Cuerpo fileteado soy
arte de varón
en todos los sitios
tatuado
en mis episitios incluso

¿sabías?
tomías cruentas.
Huellas de una frankens
-consentida y gozada-
tización.
Pero ahora:
quiero ver tus estrías y várices
tu cuerpo marcado
por mis pies de baile
que nadie te quita.
Te quejes ¿quién sabe?
¿Borramos pulimos?
Pongámoslo así:
dos cubiertas lisas
vos y yo en derrape
picada peralte pisteros
zarpados sin garras sin guantes.
Los cuerpos escritos
el texto
el poema.

Y uno de discordia

¡Ay lengua! ¡Ay lengua! ¡Ay lengua!
Carne tibia, muelle tapiz de grana...
Marisapidilla bruja, mujer que sabe,
y ensala sus armas: cilantro, persil, ajedrea,
salva la salvia saliva.
Llora tu salsa y espesa sabrosa,
¡Oh, my! ¡Oh, my!
Si detienes –no detengas-
ni te tengas si te vengas.
No detengas –digo- tu locomotiva
deja, sólo, en su boca,
mensajes de paz.
Si de guerra –oh, la loca votiva-
jura con su boca fabulario
dos palabras:
te perdono.
Pero no.
Para mí:
lengüitas en hielo con alcohol
con papilas –oh, papi- que te vocan.
Salva la salvia, saliva,

la malva, el bálsamo acedo, el cedrón, y el estragón
–justamente-
es lo que has hecho,
escabecho,
en el lecho
de mi corazón.

De la muerte por celos

Vuelve, vuelve la oscura traza
de la muerte por celos
a apretar con su puño inmenso
mi corazón de puño hasta exprimirle hiel
por artes raras de patología.
Se cuela por mi oído y revuelve los huesillos
que martillan la duda y la certeza,
se cuela por mi boca al aspirar tu aliento
(yo preparo todas tus comidas)
por mis ojos cuando leo las letras
de todos tus archivos
todas las máquinas
de mandar mensajes.
Pero todas las claves aleves y leales,
se me niegan.
Vuelve la oscura traza de la muerte por celos
aleteo de murciélago en el plexo
torniquete de pellejo a la altura del ombligo

Vuelve a colarse por mis puertas de abajo
y me hace preguntar dónde estuviste,

animal sediento malcriado,
que me trae de beber y me contenta,
bello animal de compañía
que tapa mi boca y reclama con susurro.

Vuelve negra traza de la muerte por celos:
se cuela por mis poros
y eriza mis arterias
ponzoña mis raspones,
infecta mis bebidas,
corroe las fundillos
de mis partes más suaves
y fecunda la cizaña
en el bosque de mis venas.

Andate, negra traza, juira perra, alimaña.
Andate de mi mesa, de mi cama, de mi casa

Fuera negra traza de la muerte por celos

El mal de amor se cura

El mal de amor se cura
con dos o tres pastillas
en proporciones bien equilibradas.
Si tus mañanas son especialmente dolorosas
una mitad, aunque más no sea un cuarto.

Entonces en casa dejarán
de desquiciarte sus ruidos:
de platos, de puertas o de vísceras.
En la oficina las pullas de tu jefe,
la gélida ceguera del muchacho más bello
la preferencia de tu amiga por la nueva,
desaparecerán.
A la hora de la siesta puede ser necesario
un poco más,
los grises del cielo,
el azúcar que agoniza en tu sangre
la tristeza infinita la ausencia
las dudas en la piel.
A la noche, ¡gran dios!, a la noche
hay que tomar la grande, la que toma

media parte de la humanidad
(pero si vas a conducir o manejar
máquinas que cortan,
no se recomienda... ¡mentira!.
Todos esos que dibujan
su trazo por las rutas
los ojos medio ciegos
la mano en la palanca
están –como vos- navegando
en la tregua de la pena.
Los reflejos dormidos,
la mirada doblada,
Y una melopea entre los dientes.
Si se estrellan lo hacen
en infinita paz,
no se alteran sus latidos,
la presión de sus arterias)

A la noche, decía, tus sueños se abrirán
en ventana de windows
con música de circo.
Podrás poner replay y mirarlos
cuadro a cuadro en pantalla completa.

Pero su contenido será
un pastiche de tu día gris sin sobresaltos .
Por la tarde podrás mirarte las novelas
el corazón latiendo cuidadoso
por la dama o el galán,
el villano y la malvada.
La presión en su sitio,
la cabeza como jaula vacía
de un zoo abandonado.
también recomiendo
que no compres tus píldoras
en la farmacia del barrio.
Todos dirán *"¡Mirala,*
su mirada cambió,
ya no mira desde el negro
fondo de sus cuencas
y esas ojeras de melancolía.
Ya no tiene esos huesos a la vista
exoesqueleto dos talles más grande,
rellenó su trasero, sus pupilas relucen
como ojos de muñeca,
párpados al medio, vocecita lenta!"

Más vale comprar en farmacias lejanas.
A lo sumo el vendedor dirá:
"Aquí viene otra en su edad
a curar su terror con las mismas porquerías."
Si es filósofo :
"la muerte no se frena con toda esta botica."
Si poeta:
"Belleza en la mirada pegada
triste a un cráneo lleno de metáforas,
andar de línea fina de dos dimensiones,
dibujo del alma."

Las penas de amor se curan
con dos o tres pastillas
en los gramos correctos. Desatan
el nudo que se hace en la garganta
y el nudo en el estómago que acoge
lo que pudo pasar por ese trance.
Ya no es de globo inflado de gases venenosos,
se disuelve en ardor todo vinagre,
el alimento circula alegremente
y llega al color de las mejillas
y al hueco de las ropas de siempre.

El mal de amor se pasa...

Sin embargo, sin embargo, sin embargo,
no lo quiero curar,
no quiero curar la diatriba del verso
no quiero que me lobo
tomicen el dolor
no quiero la química
el olvido del dictum que me acosa.
no quiero
ir por ahí cantando canciones de la radio
buscando otros amores
no quiero saludarlo en una esquina
como un buen recuerdo.
Quiero arder de dolor.

Pero tomo mis pastillas
me duermo como perro si lo dejan entrar
miro con alegría la gente que me cruza
que mira con alegría y cura el mal de amores
con las mismas pastillas.
Hermanos de farmacia,
hermanos de la química,
beatos vencedores...

La mujer madura

Los ijares son oleadas de piel de terciopelo
bajo la caricia ondulan
pliegues amplios dorados
su tibieza cede sin urgencias.
Su entrepierna –vamos,
sus muslos por adentro,
son de gasa frágil.
La mano arrastra como arena
que ha dejado el mar
una táctil alarma de desgarro.
Sus hombros intachables
esqueleto con funda protectora,
inviernos y veranos pasarán
antes de ponerse a ser cadáver en acción.
Su pelo, lo querría una muñeca para sí.
(tiene dinero la mujer madura
y debilidad por las peluquerías)
Sus senos y su vientre
hacen más de un capítulo
de belleza enciclopédica:
tanta historia y tanta arqueología.
Excavando habrá moños

y broches y metales
puntillas de tantas temporadas.
Pero no hay recortes ni parches ominosos
–frívolos o trágicos-
(Ni ver las batas blancas,
gigolós seductores,
aranceles viriles)

La región oscura
es un mapa de fronteras en discordia,
un troquel que no figura nada,
sino el paso de Caín y Abel.

Los senos son los mismos de siempre
una blanca masa de harina sin leudar
que ansía la mano del experto panadero
caliente, paciente,
y muy madrugador.
En cuanto al vientre,
la panza,
la patria del ombligo,
no hay problemas con el nudo primigenio
que marcó el polo norte de la vida
y el polo sur del dolor,

es el entorno el tema,
una arena movediza,
sobrante de ella misma.

¿Más detalles?
Sus gemelos de las piernas
son redondos y carnales,
aguantan las posturas del amor
y los pies la llevan lejos donde quiera
la música y el baile.
(No hablaré del cerebro,
la memoria, el corazón,
las leyes que se impuso.
No soy quien, no son quienes.)

Por eso,
no prenderle la luz y tolerar
la región de litigio.
Conceder la horizontal
feliz de la cosquilla
o el cúbito ventral –casa tomada-
Amar esa mujer deshabitada,
sus salas, su abandono.

Floración

Un capricho floral
cada veinticinco años impone
a ritmo de reloj inmenso
una flor y su estallido.

Plegaria irritada a dioses mexicanos.

Entretanto sus brazos
carnosos aletean.
No hay viento que baile
con sus lenguas temibles,
medusa que lastima al nimio roce.

Señora agave, mide el tiempo
en floraciones como vidas
y esconde su secreto
¿Será ya menopáusica?
¿O está forjando fértil una erguida flor?
Hija que agota las sales de la tierra
en monstruosa matriz.

Amenazo su silencio: convertirla
en tequila, sisal y mescalina,
sus dones a este mundo,
con algo de bar, un poco de farmacia
también de almacén donde se compra
para atar los nudos fibrosos de las cosas.

A veces la contemplo con un poco de ira
interpelo el silencio, pero no me contesta
¿Veremos algún día el fruto de su savia,
epifanía entre los altos árboles?
¿Será mañana, el próximo verano?
En ese caso habré de tomarle
diez mil fotos y su flor será un cometa
en el tiempo de mi edad.
Seré feliz un día.

¿O habré llegado tarde
a su milagro verde?
no soy afortunada ni puntual,
me pierdo en pistas falsas
-Novalis o Melville-
y todos los eclipses desde niña.

Dame entonces, por lo menos
tu licor de olvido
tu jugo de visiones, tu guitarra ronca,
dame tu imagen y en la punta
de mis letras, esa flor,
tu enorme hija inalcanzable.

Me nací

Me nací, y fue de esta manera:
Tomé cuatro crayones
me apuré en los trazos
la tosca facha que se ve.
En el teclado urgí una melodía
de cuatro tonos grises.
Con el rostro usé jabón (del neutro)
y guante de crin en las ojeras.
Me tiré de cabeza contra la pared
para ver si estaba viva
pero no podía largar el llanto.
El vagido fue un aullido
más bien hacia el ocaso
por el este de un púrpura atenuado.
En el espejo, imago que interroga sin respuesta
¡bautismo!
Larva fina que no adivina rostro me nací,
me faltó el nombre.
Y me arrojé al agua de sal
para ser hija de alguien
y conocí las lágrimas
-palabra del padre-

Me ungí luego con grasa de sartén
usada muchas veces
-la más pura- apuros de matrona.
(ningún sacerdote aceptó hacerse cargo
habráse visto, de mujer)

Ahora trato de acordarme
de un útero guarida
oscuro fresco tibio iluminado
lacustre marítimo fluvial,
amniótico hidratante
agua en torbellino, fuente de la magia...
No recuerdo.

Por eso, sin madre me nací
me puse un nombre que no existe,
me vestí con ropas blancas para el óleo de la frente
y de negro para el óleo de los pies
-ir ganando tiempo-

Ayer mismo me nací, todo el mañana.

Acta

Tus rastros en mi cuerpo
constancia notarial
arras selladas de amor, dolor y permanencia:

En el esqueleto muescas
de todas las batallas, medallas de victoria
en las cachas de tu orgullo,
triunfo en estas tibias –si te sigo-
tus pulgares en los húmeros
lectura en laberinto
cuando no me escapé.
-¿Abrimos la botella?
Los pómulos guardan mensajes cuneiformes
bustrofedon los frontales,
de hemisferio en hemisferio
(aquella discusión que te gané)
-Más vino, mi copa gime ausencia.

En mis vísceras parcas tus ágapes furiosos
voraz mesa mutante hacia la gula
dibujo de satén la piel entera
tu lengua caracol tenue rastro húmedo

laca el recorrido
ida y vuelta, cruce y curva,
loma y zanja.
Nada deja sin barniz su exasperante
cinta en agonía de dulzura
-Llena más, no se sacia esta copa.

En mi pelo la huella la navaja
que cortó nuevos rostros tu capricho
espejo dócil, fronda tuya,
menguante cabellera arisca noche
melena en su creciente...
Y pisadas de tus botas en la casa
detective de amor yo voy detrás.

Si desnudas las plantas en la sábana
sudario de dos cuerpos su dibujo
y el sueño aún que perdurable:
Dejo escrito los detalles en la punta de mis letras
y tu firma,
-dame de tu vino ¿o todo lo bebiste?

Descripción de llanto

Estalló en llanto
-es así como se dice-
cuando no había
mujer de la limpieza de testigo.
Las pestañas, sin betún fueron a dar
al blanco de ese muro
minúsculos paréntesis
¿ecuaciones de dolor entre sus combas?
¿incisos de incerteza?
grafos de caverna,
esperando un relleno aclaratorio,
un exégeta con armas de dulzura.

¿Los párpados?
persianas implosivas,
ventarrón de adentro,
voladizo, masa daliniana
y la sal,
mar en coma, en coche desfondado,
reguero en libertad de pólvora hacia abajo,
finas hebras de pena encabritada

mojando la camisa paralelas.
Pausa en los pezones,
un alto de frescor y los empina
mana luego del escollo, suelto
no leche como antes
leche y sal aguada
desciende hasta el pozo del ombligo.
junta su caudal anega el nudo,
enfría las entrañas y despiden
un río desahuciado.
Ya al encuentro,
estriba en algún monte
cuela estalactita hasta el parquet.
no es sangre como antes,
es sangre y sal y leche deslavada,
caldo que mana como herida.

Ha quedado sola por un rato
con estruendo de llanta estalla en llanto
detona en plena curva a la carrera.
Los muertos salpican el camino,
y derrapa derrapa en lentas olas
de orgasmo calado hasta los huesos.

Deseo

Artero me sujetas, con lámpara en la mano,
escupes –suavidad- adentro
y echas tapa con fruición y yo
-la enamorada-
atrapada en burbuja
de cristal y de aire
como mágica redoma.
(No me agito. Él me posa,
cristal de magia blanca,
junto a la cama de los dos, tendida.
Sólo cabe mi cuerpo y alguno de sus dedos
que circula con tibieza en la esfera.)

Me miras y me amas
tu saliva globea.
Sonreímos.
Entonces, poderoso, refriegas la burbuja
(disparate de palabras cuando el deseo apremia)
El genio –yo- hace su epifanía,
prisionera encendida,
libre al fin
amando al carcelero.

Mi cuerpo es un mapa del dolor

Mi cuerpo es un mapa del dolor
las uñas con restos de piel enrojecida
disparan las flechas de la fuga
o de la despedida.
Mis cabellos señalan rumbos de extravío
en el sinsentido de las jeringas del reloj
rodete en espiral que despista a los piratas
mis venas vuelven mientras mis arterias van
ya con cierta fatiga de impaciencia.
Ni mis senos ni mis rotulas son bizcos
pero no se sabe dónde apuntan:
¿Adelante? ¿Al abismo?
Mis ojos se revuelven en guiños y soslayos
sin claves con implícitos,
no resuelven.
Mis pies miden los pasos que llevan al tesoro.

Los seguirás sin hacer sombra en la espalda,
porque vendrás, bandido,
y enrollará la piel ajada
y con ella partirá a la isla prometida.

Sobre arena de playa desplegará este cuerpo
-este mapa del dolor-
como una alfombra hollada
mientras mi piel se dora como hogaza
y el calorcito marca las líneas a seguir.
Habrá de persignarse en la frente el corazón las ingles
de lamer las cicatrices del costado
y sí: contará los pasos, bailará su baile
(no me tapes el sol)
y por fin el pico hierro cavará en los tres puntos
¿acertará en primera? ¿el tesoro es uno o trino?
plata gris del cerebro
granates y rubíes de dulzuras en el pecho
abajo sombra fresca de cavernas minerales.

Toma el cofre
Mi cuerpo es un mapa del dolor.

Playa

Este sabor de arena entre las manos
puñados calientes de piedras amigables
estos grillos que me ríen en los dientes
cruje sal gruesa y fina, puro yodo
este olor a látex del traje
mínimo que me cubre
ardiente y casi nada
este lamer el antebrazo
y ver el punto,
probada de cocina
¡Viva el mar!
Me tiendo en una fuente
de junco marinada
a tostarme y servirme con la cena.

Pragmática de amor

Hoy no puedo escribir ningún poema
todo es descosido, sin hilván
inconexa coherencia
caza infructuosa de la palabra justa
sin claves sin incisos
-hasta por ahí nomás-
no hallo léxico de campo
comprensible
enunciador confuso
transido el desarrollo próximo lo hiela
¡Vamos!

¿Imperativos sí?
¡Basta!

Es en sí todo un texto

y hay un texto también en este cuarto
en tu bolso con ropas en desorden
¿Y dónde están las llaves?
-qué actitud del hablante, qué código cerrado-
tu desvío me aterra, el todo por la parte

un auto en marcha es ícono de duelo
y las lágrimas sinestesia cruel

ya no hay más repertorio
quizá en un lexicón de magia negra
halle la forma de decir te amo
pero andate, te odio no te vayas,
oxímoron perfecto
hoy y ayer antes todavía
cuándo, entonces
aunque porque
sería la más exacta en el puro
desvío de la punta de mis letras
en la cuerda discordia
del cordón del corazón con su nudo corredizo
alma desacordada de un cadáver exquisito

sin embargo, sin embargo, sin embargo
no robaré metáforas
una cosa por la otra
estoy acusada de hacerlo todo el tiempo
por manipulación astuta
y retórica perversa
te voy a contar las sílabas
las costillas

Mandalas

Ella busca un mandala, está sola,
no descarta encontrarlo.
Los cajones de sus muebles están
repletos de mandalas
de todos los colores de todos los tamaños
(de ensartar en las orejas,
de colgar en su garganta,
de monedas en el pulso,
de sello en anulares, índices,
pulgares de los pies,
de pegar en el techo o en la almohada,
en la agenda y el refrigerador)
También tiene otros graves, no abalorios,
está el del hijo muerto, el hijo preso,
está el del hijo ido y regresado,
está el del amor, eterno e infinito.
Tienen simetría, dinamismo, claroscuro y cruz.

Pero no se satisface, falta alguno,
un mandala que diga ciertos signos,

que contenga y vacíe el frasco de la esencia
y cómo hallarlo:

Pasó días mirando el propio ombligo,
un mandala flojo, desprolijo,
con flechas que marcan el allá, el aquí,
sufrido, descosido y turbio.

Después intentó con el espejo,
una forma parecía conducir a la respuesta,
su rostro, el de hoy, con esas líneas,
confusión
se le encimaron los pasados,
la niña, la mujer,
la hinchada, entristecida, turbia
y arriba las cejas de feliz.
El óvalo era el mismo en todos,
nunca bien calcado, salido de su centro,
ojo miope que no entorna la unidad.
Entonces, ¿cuál era verdad, modelo,
cifra, esencia, uno y mil?

(El mandala no puede tener

forma que vacile, centrifuga
la tensión de su perímetro,
es puro movimiento, centro dardo mismo
que plena su sentido.)

Siguió buscando, usó el espejo
cambiando posiciones, loto, vertical
almohadones en la espina, ropa fuera
y halló el ojo trajinado ojiva
de sus niños y su hombre,
luz de templo, latido en levógiro turbión,
regreso destrógiro al portal.
No halló más
que una cansada
sonrisa vertical
de mujer deshabitada.

Salió entonces por calles de ciudad,
y se hartó de mandalas de colores
luces que vendían
menta con burbujas y frituras,
sopas fantasía para niños,
mandalas que mentían...

Volvió pues a su cuarto,
tomó el plato de su taza de café,
y con la porcelana del revés,
una hoja blanca, un lápiz romo,
trazó un limpio redondel como hace un niño.

Se dijo en paz entonces:
esta es la forma nueva
del mandala de la vida mía.
Útero y diamante.

Impreso en Talleres Gráficos Su Impres S. A.
Tucumán 1480, Buenos Aires, Argentina.